

La comunidad insostenible del amor

César A. Velázquez Becerril*

Para Rubí

Resumen

El objetivo del presente trabajo es proporcionar una panorámica general de la evolución de las relaciones interhumanas en las sociedades posmodernas de consumo. El documento se divide en cinco apartados: el primero aborda los efectos de la sociedad de consumo en el *fenómeno amoroso* en términos sociológicos; el segundo analiza brevemente las formas como nos relacionamos sexualmente en la actualidad; el tercero intenta recuperar el “principio de dignidad humana” como factor para enfrentar las desdichas como *existente amoroso*; el cuarto realiza una propuesta de “nuevo acuerdo amoroso” partiendo de algunas aportaciones de la teoría contractual y del enfoque psicoanalítico; el quinto apartado concluye señalando los retos de la *comunidad de los amantes* frente a las transformaciones globales a principios del siglo XXI.

Palabras clave: dignidad, fenómeno erótico, sociedad del consumo, comunidad de los amantes, acuerdo, libertad.

Abstract

The objective of the present work is to provide a panoramic general of the evolution of the interhuman relations in the post-modern societies of consumption. The document is divided in five sections: first it approaches the effects of consumer society in the *loving phenomenon* in sociological terms; the second analyzes the form briefly as we were related sexually at present; the third

* Profesor-investigador del Área de Polemología y Hermenéutica del Departamento de Política y Cultura, UAM-Xochimilco [cavelaz@correo.xoc.uam.mx].

party tries to recover the “principle of human dignity” like factor to face the misfortunes like *existing loving*; the quarter realises a proposal in “new loving agreement” starting off of some contributions of the contractual theory and the psychoanalysis approach; the fifth section concludes indicating the challenges of the *community of the lovers*’ against the global transformations at the beginning of the 21st. century.

Key words: dignity, erotic phenomenon, consumer society, lovers’ association, agreement, freedom.

Tal vez al final de mis días no me veré comprendido sino en la suma de mis actos de amante.

JEAN-LUC MARION, *El fenómeno erótico*

El amor en los tiempos del consumo

Nada resulta más engañoso que nuestro empeño atroz por negar los abismos que nos terminan constituyendo, nada más banal y reconfortante que ocuparnos en permanecer como sea en la superficie que queremos ser: *¿la insoportable levedad del ser?* Nos estamos constituyendo en el *homo superficialis* que persiste en lo evidente en su intento desesperado por permanecer “inmune” al dolor, en la negación total por bucear en las aguas profundas y turbias de nuestra propia constitución mórbida, terror a habitar más en las simas irreparables que han perdido la fascinación que generaban en el pasado al propiciar el encuentro con nuestros propios demonios interiores que conforman la danza secreta de nuestra “parte maldita”.

De lo que hablamos es de algunas de las transformaciones que la globalización y las sociedades del consumo vienen propiciando en las formas de relación y los vínculos que establecemos con los *otros*, pero también en la manera como está conformándose nuestra “interioridad”, o mejor, nuestra *exterioridad*. Conscientes de la movilidad acelerada con que se están sucediendo las mutaciones que experimentan las sociedades materialistas en las que vivimos, el buscar establecer una lógica explicativa de la *precariedad* que sostiene las relaciones amorosas actuales resulta

más que arriesgado, pero sí creemos que sea posible aventurar un ejercicio comprensivo del fenómeno, dentro de un intento por colaborar en la elaboración de una “fenomenología de la conciencia amorosa” (Marion, 2005).¹

En las sociedades aceleradas del consumo y del desecho, en donde un producto sucede a otro con una velocidad tal que el *encanto* que suscita la aparición de uno nuevo –que seguramente será mejor y más satisfactorio que el anterior– desata la imposibilidad de poder disfrutar realmente del producto presente, el amor se ha constituido en un raro engendro de una inconsistencia tal que parecería que finalmente ha perdido referencia a cualquier mordida metafísica.² Resulta que si existe algo así como una tendencia compulsiva a enamorarse y desenamorarse con demasiada facilidad, es por la superficialidad y la fragilidad con que logramos establecer nuestros amarres amorosos. Esta forma de practicar nuestra “virtualidad amorosa” está repleta de contradicciones e insuficiencia, cargada de frustraciones y desesperanzas. Ese amasijo de sensaciones y esperanzas que hemos bautizado con la equívoca palabra *amor* encierra en realidad un largo peregrinaje en la búsqueda, que se sabe infructuosa e inacabable de entrada, de que quizá en un futuro se presente con suerte el “verdadero amor”, pero para caer enseguida en la cuenta de que no, puesto que quizá más adelante vendrá uno mejor... Lo que sucede es que finalmente los requisitos, cualidades y estándares del vínculo amoroso se han reducido tanto hasta casi disolverse, que cualquier cosa cabe en lo que designamos como *amor*.

La sensación aumenta con la variedad que introduce la *tecnología del amor*, en tanto que se considera que al igual que para el dominio y control

¹ La reflexión fenomenológica existencial que proponemos –considerada a manera de una *Arbeitsphilosophie* (filosofía de trabajo)– deliberadamente se ubica en un nivel de abstracción intuitiva que no pretende aplicarse a ningún caso específico o particular, lo que no significa el abandono referencial a lo empírico, cuyo interés fundamental es la indagación en lo determinante de la experiencia amorosa para la conformación ontológica del ser humano. En otros términos, nuestras aportaciones son contundentemente parciales, fragmentarias y continuables –como en realidad tendría que serlo cualquier trabajo que se considere serio– de un complejo fenómeno que hay que discutir desde diversas perspectivas y disciplinas. En definitiva, se trata más de esbozos reflexivos que de un estudio sistemático terminado.

² Como dice Marion: “Para resistir a la vanidad y a su ‘¿para qué?’ lo finito requiere una seguridad, y por ende un amor infinito” (véase J-L. Marion, 2005:70).

de un artefacto complejo se requiere del desarrollo de una destreza que generalmente propicia una práctica empeñosa y continua; de igual forma, el dominio del amor requiere del desarrollo de una *destreza* que se aprende con las experiencias amorosas acumuladas a lo largo de una intensa vida de relaciones ubicadas en nuestra orgullosa colección, mucho mejor puesto que seguramente garantizará el incremento de nuestra *capacidad de amar* y aun estar preparados para la siguiente experiencia que tendrá que ser seguramente más satisfactoria. Pero nos engañamos, puesto que el único aprendizaje que obtenemos de esta sucesión compulsiva de eventos amorosos efímeros es la confirmación de saber de la brevedad y rapidez con que termina *agotándose* el endeble vínculo, la terrible inconsistencia a la que están condenadas desde un inicio, incluso desde antes que se establezca el encuentro, nuestras irremediables *endeble ataduras*.

Sin duda, el vivir en el abismo de la ruptura prometida tiene sus encantos y beneficios indescritibles, pero también sus angustias, terrores y pérdidas irreparables. Lo mejor es no hacerse demasiadas ilusiones al respecto, pues en cuanto comenzamos a sentirnos cómodos en una relación, resulta que ya estamos pensando en la que vendrá, pero también seguros de su demasiada corta vida, puesto que la intensidad del enamoramiento dura tan sólo un instante y la maldición del tedio siempre está presente a la vuelta de cada abrazo.

Lo que sucede es que parecería que hay que estar dispuestos a las insinuaciones de los otros, de dejar la puerta siempre abierta a la posibilidad de realizar el ejercicio continuo y efímero de consumirse por el deseo inmediato y relativamente fácil de conseguir. Es lo que algunos estudiosos del tema han llamado “relaciones de bolsillo” (Bauman, 2005), que se refieren a este tipo de vínculos efímeros del ideal “úsese y disfrútese mientras se pueda”, pero no requieren de mayor esfuerzo para trabajar por su permanencia y consolidación pues su nivel de caducidad es afortunadamente corto. Lo importante es la *sensación de control* que parece despertar en el impaciente consumidor de las relaciones amorosas efímeras, puesto que de entrada se sabe que durará poco y que muy pronto se terminará por convertir en su *opuesto*; por eso requiere de un nivel óptimo de *distanciamiento* para evitar todo posible desencanto que engendra la patética postura de enamorarse o dejarse perder por un romántico vuelo del deseo. De lo que se trata es de entrar y salir con la

mente fría y el corazón protegido bajo una coraza de hierro de una relación a otra, pues nada resulta más triste que un coleccionista de sensaciones y experiencias amorosas efímeras acabe perdiéndose por un amor que seguramente terminará cobrándole caro su osadía o su torpe descuido con torturas inimaginables; recuérdese que en la lógica del consumo apremiante no se genera algún tipo de *filia* impunemente.

Lo importante es que, si no existe remedio al borrarse del escenario el referente metafísico, los “episodios amorosos” se sucedan unos tras otros intentando disfrutar y atesorar en el cofre de los recuerdos la intensidad de las sensaciones, pero también buscando salir lo menos raspado y con pocas heridas de batalla de cada encuentro en la búsqueda compulsiva del siguiente encuentro seguramente mucho más gratificante. En tanto que es indispensable mantener a como dé lugar el *control* y la *destreza* para iniciar en su momento y romper oportunamente cada encuentro amoroso “saliendo de la nada, de la oscuridad del no-ser, sin pasado ni futuro” (seguimos aquí a grandes rasgos a Bauman, 2005:17 y ss.).

Sin embargo, esta situación, que parecería ventajosa al poder ahorrarnos buenas dosis de sufrimiento y sobre todo evitarnos la dura odisea por el infierno dantesco del desamor, del que estamos cada vez menos preparados para enfrentar con el suficiente decoro para poder extraer de sus venenos buenas dosis de renovación,³ finalmente pone en evidencia la angustia, incertidumbre y desconcierto que encierra toda relación al saberse sin futuro posible, pues la insostenible fragilidad la hace pender de un delgado e inconsistente hilo apático. Se quiere escapar de las apremiantes angus-

³ Es lo que William James llama experiencia de “unificación interior”, que se vive fundamentalmente desde el ámbito religioso, dando como resultado el “nacido dos veces”. Pero es un tipo de experiencia que también se sucede desde otros ámbitos fundamentales como el amor, el odio o la muerte; básicamente de lo que se trata es del paso, tras una experiencia de extremo dolor como el desamor que termina fracturando la integridad de la persona, que se puede vivir en el extremo de angustia y miseria más intensas en donde el sujeto vive su “yo dividido” sin poder encontrar un momento de tranquilidad, llegando a un proceso que puede ser súbito (*Lysis*) o gradual (*Crisis*), pero que pasa por una *comprensión* que termina regresando la unidad del sujeto al proporcionarle el equilibrio buscado, la tranquilidad y la felicidad tantas veces anhelada. Este fenómeno de reunificación y recuperación del sentido se logra generalmente por la reubicación de la finitud, miseria y fragilidad del sujeto dentro de un orden referido de trascendencia e infinitud: en definitiva, en la búsqueda de *aquello que hace vivir al hombre*. Véase W. James (2002) y J-L. Marion (2005).

tias de estar solo, pero para saber que ésta persiste renovada en lo insostenible de nuestra *unión líquida*. Lo único que nos queda es el deleite pasajero de dosis rápidamente tragadas de placeres y sensaciones pasajeras, la aceleración de querer ingerir sin masticar y saborear, la serie de parejas ocasionales que se suceden unas tras otras sin ningún o poco cambio de actitud o modificación enriquecedora de los sujetos, pero dejando por fuerza la inevitable sensación de vacío y la certeza de su insaciabilidad pese a consumir grandes cantidades de encuentros con la única y efímera ventaja de que quizá el siguiente tendrá que ser mejor. El interminable continuo de relaciones amorosas –pues no se podría hablar de un proceso mucho más complejo ya que al pasar de relación en relación no hay posibilidad de recapitular, modificar, corregir actitudes o procesos de maduración emocional de los sujetos– no logra zanjar la opresora sensación de fragilidad y vacío que resulta el compartir la existencia con una pareja a la que dotamos con las cualidades que resultan atractivas para el que pretende sostener la relación, siempre y cuando no se torne opresora para poder saltar a la siguiente relación con la mayor facilidad y con el menor dolor.

Es ese indescriptible terror a estar solo, realmente solo, sin contar con alguien que esté sinceramente interesado por uno y con el que se puede contar para cuando se presenten las adversidades de la vida, cada vez más continuas en nuestros actuales estilos de vida, pero también la insuperable sensación de la cada vez más impenetrable interioridad de la pareja para poder tejer lazos más duraderos y con un grado mayor de garantía, para no seguir caminando en el pantano de la absoluta incertidumbre que no se sabe cuándo el siguiente movimiento terminará por hundir definitivamente la relación.

Pese a la indudable dosis de escepticismo y desencanto que acompaña a las formas como se están llevando a cabo nuestras relaciones amorosas, también está presente la ilusión de que al intentarlo una y otra vez quizá terminemos por toparnos con la “persona adecuada” que se constituya en el cómplice-acompañante en el duro periplo por esta vida. Pero no deja de constituirse en una remota ilusión, pues la lucha se concentra más bien en el disfrute efímero del momento ante un excitante mercado de las vinculaciones pasajeras y sin compromisos. Lo importante es no dejarse enredar por la telaraña de los vínculos afectivos y el sentimen-

talismo resbaladizo, lo mejor es permanecer lo suficientemente distante y bajo resguardo de la insensibilidad. El cinismo y lo inescrupuloso se torna la máscara más útil para poder desplazarse con éxito a través de los peligros que se encuentran presentes si descuidamos los vínculos que establecemos para permanecer próximos y distantes en relaciones desechables.

Es como si en la incertidumbre, el vacío, lo efímero y lo desechable que acompañan a los estilos de vida contemporáneos siguiéramos empeñados en creer que existe en el amor un *espacio vital* inmune a todos estos males, pero para darnos cuenta enseguida que la verdad es que hemos terminado por extirpar su esencia y vaciado su contenido fundamental. La continuidad del discurso nos hace olvidar que en el fondo nos hemos hecho incapaces de profundizar un poco en las relaciones amorosas que logramos entablar, pero lo cierto es que aunque pudiéramos hacerlo sería para darnos cuenta de que no existe nada en qué profundizar. Preferimos quedarnos en lo lindante y evidente de las relaciones, en lo placentero e inmediato de los vínculos que establecemos, en fin, la volatilidad e incertidumbre que las acompañan no permite hacerse demasiadas ilusiones. Por otra parte, el intento por traspasar las corazas que nos constituyen quizá sea mejor que el darnos cuenta de que finalmente no existe nada debajo de ellas, pues al parecer estamos perdiendo la capacidad de *redimensionar* constantemente nuestro interior en cada experiencia placentera y dolorosa que acompaña nuestra existencia.

Los vínculos que logramos entablar son tan efímeros como inconsistentes, pues el compartir episodios de nuestra vida con algunos acompañantes de viaje termina por excluir los referentes de parentesco, vínculos familiares o instituciones de respaldo que terminen por reforzar la relación al insertarla en lazos de tipo tradicional más extensos. En este sentido, se puede compartir con los otros pequeños trayectos de nuestro incierto viaje por la vida, pero el considerar acompañar rutas completas para arribar a un mismo destino resulta prácticamente impensable. En sociedades atomizadas del consumo y del desecho, donde la secularización se ha confundido con la cancelación de cualquier referente que no sea cuantificable, tangible e inmediato, resulta inconciliable el lograr sintetizar la búsqueda por establecer lazos de pertenencia y vínculos con la libertad comprendida como el irrenunciable acceso al mercado de consumo.

Tendremos que comenzar a reconocer que nuestro actual modelo de vínculo amoroso, al buscar romper con las formas anteriores que establecían las relaciones de pareja duraderas y cimentadas en vínculos afectivos, atraviesa por serios abismos difíciles de superar. No sólo encierra múltiples peligros que es indispensable saber enfrentar, sino que la forma como nos vinculamos con los demás y con nosotros mismos también repercute en el tipo de ser humano que las sociedades del consumo y del desecho están constituyendo.

Comunidad de cuerpos extraños

En realidad, en donde se sostienen más nuestras relaciones interhumanas actuales es en el sexo, pero más que posibilitar un nuevo vínculo que permita aproximarse a la pareja de amantes en el intercambio continuo de los cuerpos y sensaciones, termina ratificando la *brutalidad* de la impenetrabilidad del “compañero” fortuito de nuestros encuentros sexuales en turno. Resultan innegables los referentes sociales que constituyen en mayor medida nuestras actividades sexuales, la forma con que nos relacionamos con los demás en el intercambio de las caricias y en la complicidad de nuestros placeres.

Pero en estas sociedades del consumo, que logran *sexualizar* la totalidad de los fenómenos para hacerlos consumibles, también consiguen *desexualizar* al campo mismo del sexo; ya no es más aquel espacio de la trasgresión o de los vínculos que se establecían en busca de *experiencias extáticas*. Ahora ese campo se ha llenado de cargas mayores de miedo por infección mortal, fuente de violencia descarnada, desigualdad, dominio, opresión y suciedad... Sin duda sigue siendo en el fondo el campo de los mayores equívocos, pero las nuevas prácticas pretenden limar los peligros inherentes en el disfrute sexual irresponsable, desechando todo referente al misterio y libre de toda ilusión. En realidad no se espera gran cosa del sexo, únicamente que nos brinde cargas considerables de placer sin demasiado riesgo ni mayores complicaciones.

El llamado *homo sexualis* de la época hiper-materialista del consumo puede encontrar en cualquier lugar los medios adecuados para el encuentro sexual con una pareja disponible por algún momento, cualquier sitio es

propicio para el encuentro sexual en una sociedad en donde el sexo se ha constituido en el medio principal para el consumo desmedido. Para escapar de la soledad o como respuesta a los estímulos publicitarios que generan un ambiente sexuado que incita a pensar continuamente en el consumo de la carne siempre disponible, es necesario estar apto para un fortuito encuentro sexual que se sabe tan fugaz como episódico.

Se ha producido una interesante separación entre sexo, amor y moral, que termina trastornando de manera esencial los vínculos que la relación sexual venía posibilitando. Desde hace tiempo la sexualidad se ha desprendido del mero carácter reproductivo que se vincula con nuestro aspecto más biológico, pero lo que ha acelerado la separación entre la sexualidad y el sentimiento amoroso es el impulso de la era del consumo compulsivo y el cambio de los referentes morales que constituyen nuestras sociedades.

La desvinculación entre el amor y el sexo tiene que ver con la cancelación de cualquier otro referente que no sea la *carne* misma en el acto sexual, pero también en la pérdida del *carácter sagrado* que desde tiempos inmemoriales ha acompañado al proceso formativo del ser humano: “hoy el sexo más bien ha impregnado la esfera psíquica, produciendo en ella una gravitación insistente y constante alrededor de la mujer y del amor” (Evola, 1997:17). Pero esta gravitación se inscribe en el registro del consumo y del desecho, nada más hay que ubicar *la etiqueta y la fecha de caducidad*.

La desvinculación entre amor y sexo termina por generar cargas consideradas de frustración y pierde cualquier posibilidad de lograr establecer la unión entre los participantes del encuentro.⁴ De otra forma

⁴ El tantrismo no duda en glorificar el deseo humano (*kama*) y la sexualidad carnal, considera que se trata de un nivel importante para alcanzar la plenitud y serenidad humana, pero sin perder de vista que lo esencial es situar este nivel dentro de una perspectiva metafísica para alcanzar la liberación y el desarrollo espiritual buscado; la sexualidad sería el indispensable *medio* para alcanzar *fin*es espirituales y el descondicionamiento humano: “corresponde pues a los hombres y mujeres lúcidos poder identificar la manifestación de estas energías disimuladas bajo el deseo, interpretarlas metafísicamente, en términos no antagónicos sino complementarios y, por tanto, asimilar esta manifestación con la posibilidad de una transfiguración... [mediante] el ejercicio paciente y atento de la inteligencia, la capacidad de discernir lo verdadero de lo falso, y sobre todo la facultad de *desnudar* las pasiones, las emociones, las creencias confundidas, a fin de reconocer como energía pura,

el sexo termina reduciéndose a un mero *episodio efímero*, cargado de dosis importantes de angustias y frustración, al saberse de manera más intuitiva que clara que no puede pasar del persistente frotamiento de los cuerpos, que por más placentero que se presente, no deja de mostrar su marcado rostro del desencanto con que se presenta al toparse con una infranqueable pared de carne: “nada hay aquí para discurrir, nada para comunicar, *salvo cuerpos, cuerpos y más cuerpos*. Comunidad de los cuerpos, exasperados por la inscripción, serenados por la excripción. Comunidad de cuerpos extraños” (Nancy, 2003:46). En realidad se trata de una ilusión, que por algún momento creemos alcanzar la anhelada *unión* que lo físico del encuentro nos permite construir.

Como en ninguna otra época, el sexo pretende adquirir el estatuto de autónomo y autosuficiente, perdiendo el carácter *institucional* que había permitido limitar el signo anárquico y destructivo que amenaza con desbordar cada encuentro sexual; “para adquirir intensidad y duración, el vínculo sexual debe dejarse educar por la disciplina de la institución” (Ricoeur, 1991:11). La institución social que terminaba principalmente cumpliendo esta función era la *familia conyugal*. Pero resulta que ese modelo está desde hace tiempo desgastado y en crisis, pues sin duda lograba humanizar al permitir la duración que posibilitaba la relación sexual con el vínculo amoroso, al mismo tiempo terminaba *arruinando* la forma de intimidad y la duración misma que buscaba continuar la relación.

Pero el aparente peligro de un nuevo desorden sexual (*demonio de Eros*) que anunciaba la “época del *posdeber*” (Lipovetsky, 2002), no es otra cosa que la reapropiación de otras fuentes de socialización que permiten redirigir en otro sentido los impulsos y las actividades sexuales del hombre contemporáneo. Es decir, ante los peligros del caos infeccioso y desórdenes autodestructivos surgen criterios restrictivos como la calidad de vida, las prácticas higiénicas, de salud y cultura del cultivo al cuerpo, e incluso el “consumo interactivo y festivo de buenos sentimientos” (*derechos subjetivos*), bríos de realización personal... Donde se abandonan los imperativos del “deber ser” por la sustitución de “criterios de vida y

constituyen ya una condición previa decisiva para la realización espiritual” (véase J-M. Varenne, 1992:16).

realización de uno mismo”, como parte de una mayor participación de los sujetos individuales en la elaboración y selección de los valores y principios que se quiere ejercer en su convivencia con los demás. No obstante, aunque la posibilidad está abierta, el ejercicio factible requiere de una maduración y apuestas de los sujetos participantes en la construcción de su propia biografía de vida que por el momento no estamos del todo preparados para ejercer.

Las sociedades democráticas actuales que promueven a como dé lugar la libertad y la autonomía como valores esenciales para su funcionamiento, no significan por fuerza el anuncio de la época del “todo está permitido” al dar libre curso a nuestras pulsiones, incluso las más dañinas y autodestructivas. Podemos ver que existen dos tendencias fundamentales en nuestras prácticas sexuales actuales: por un lado, restringida a pequeños grupos de intereses, esta búsqueda “madura” de nuevas formas de vinculación a partir de la autorrealización y la pesquisa de la felicidad desde marcos referenciales de valores posmoralistas como son la honestidad, la sinceridad, la responsabilidad y el respeto; pero por otra parte, quizá la más extendida a las masas, prácticas compulsivas de consumistas del mercado de la carne en donde la búsqueda de la dominación y el placer propio sería la tónica imperante. Ambas posturas nos hablan de una rotunda victoria del sexo en la época actual, pero no todo triunfo significa realización positiva y plena de las relaciones humanas.

El deseo ciego e irracional que busca obtener el placer momentáneo y efímero que proporcionan estas prácticas de placeres ciegos y desvinculados de cualquier *sentido mayor*, ante tantas expectativas que crean la publicidad liberadora del “todo está permitido”, termina por generar mayores cargas de frustración y decepción ante las expectativas de *enormidad* a la que debería conducir una vinculación sexual sin restricciones aparentes. La fantasía de un placer sin trabas tendría que conducir directamente al paraíso de la felicidad plena, pero de manera alguna tiene dicho efecto, puesto que se ha reducido a una práctica, luego demasiado mecanizada y libre de misterio alguno, que encierra en sí misma la marca de lo insuficiente y de la insatisfacción: *¿la insoportable levedad del sexo?*

Ante un triunfo demasiado estrecho del sexo sin trabas termina por reducirse a preocupaciones efímeras como el *cumplimiento*, el *rendimiento*

o que la próxima relación tiene que ser seguramente más plena y placentera (*tecnología del sexo*), borrando del mapa de preocupaciones cualquier intento por referirse a elementos metafísicos como sería la búsqueda del éxtasis o del misterio de la comunión a partir de la separación irreparable. Son los costes de haber reducido a las sensaciones epidérmicas una práctica que pierde cualquier referente trascendental y los contrapesos esenciales que terminaban por incluirlo en un sentido existencial global de la vida humana. Sin duda pese a los defectos e insuficiencias que el modelo tradicional de pareja y los vínculos sexuales que lograban enmarcar, permitía establecer amarres afectivos, emocionales y sensibles que lograba generar comuniones inesperadas que los nuevos vínculos efímeros no logran establecer. Esto sin perder de vista las cargas de frustración, asfixia e insuficiencia que también encerraba el viejo modelo, sobre todo para las mujeres.

Es comprensible dentro de la lógica del consumo y del desecho que caracteriza a las sociedades actuales que para que dicha actividad se pueda ejercer sin trabas es indispensable sacudirse cualquier forma de vínculos afectivos y de incómodas ataduras sentimentales que luego pueden obstaculizar el libre cambio de productos y de personas desechables. El sexo se adapta con rapidez a la tónica de los tiempos despreocupados por la permanencia, la continuidad y la contribución a la construcción de lazos metafísicos de pertenencia e inclusión. La búsqueda de placer momentáneo y efímero se reduce a que se produzca, cuando antes mejor y que dure lo necesario, importando poco o nada el *porqué*.

Lo primordial es estar siempre dispuesto y abierto al siguiente encuentro sexual por venir, seguramente más placentero y pleno que el anterior, pues lo peor sería dejarse atrapar en una maraña de sentimientos, sensaciones y deseos obsesivos por una pareja: antes que nada, quedar libre de toda atadura para poder saltar de una relación a otra. En una búsqueda de felicidad y de realización personal que de entrada está bloqueada por la insatisfacción y la frustración, pues las intenciones del *anhelo de plenitud* no cuentan con que desde hace tiempo se han clausurado las vías de acceso y realización a partir de referentes no físicos. La vía creativa del *erotismo*, que tanto insistía en señalar Bataille, parece clausurarse ante el aparente rotundo triunfo del mercado compulsivo del sexo; ¿pero quién dice que ante los importantes niveles de libertad, de

hedonismo y de banalidad alcanzados en estas sociedades de la mercancía siempre disponible, se logre reintroducir la *dimensión humana* en el empeño erótico por negarnos a vernos reducidos a simples mercancías, cosas consumibles y desechables?

El principio de dignidad y la desdicha del existente amoroso

Las sociedades actuales del consumo se han alejado aceleradamente de *referentes* anteriores que venían sirviendo de elementos fundamentales para la estructuración de la vida moderna del ser humano y su anclaje en vínculos afectivos que implicaban acuerdos tácitos de convivencia en busca de armonía; cuestiones como el modelo tradicional de matrimonio para toda la vida, las utopías de tipo sociedad igualitaria, el amor romántico o referentes trascendentales para la estructuración de la inmanencia humana... Estas consecuentes rupturas han derivado en formas de convivencia que amenazan con romper los tipos de relación interhumanas que implicaba, cuando de verdad se quería, el encuentro con el otro como parte en donde se “anuda el nudo de lo subjetivo”; pero si resulta que, como pensaba Lévinas, el sujeto humano se constituye en buena medida por asumir la *responsabilidad hacia el otro*, que me implica al obligarme a asumir la *proximidad* como constitutiva de la propia identidad del yo, habría que comenzar a aceptar que este encuentro con el otro ha venido desafortunado, es decir, ha derivado en *desencuentro*.

La presencia de los otros constituye una modalidad del infortunio, en tanto que siempre estaba presente la huella quemante del cuestionamiento de nuestro propio ser en el momento de establecer relaciones significativas, que por fuerza involucran riesgos y ventajas. Pero, ¿de dónde viene esta insuficiencia de nuestra identidad que tendría que ser inquebrantable para soportar las inclemencias a que se ve expuesta en el momento de implicarse sobre una cuerda floja y sin red con algún otro? Se refiere a las características antropológicas de *incompletud* e insuficiencia que nos define, en donde está siempre presente la cualidad sorprendente de la *perfectibilidad* y el riesgo de caer incluso hasta los sótanos oscuros de la irracionalidad. Es lo que algunos pensadores han

denominado la constitutiva *labilidad* del ser humano, es decir, “la debilidad constitucional que hace que el mal sea posible” (Ricoeur, 1991:15 y ss.).

Es aquel “espacio” que tiene que ser constantemente cubierto entre lo que *soy* y lo que yo creo *poder ser*; se trata por tanto de un espacio nunca resuelto del todo, mucho menos resuelto exitosamente de manera definitiva, en tanto que el “yo puedo” es a lo largo de la existencia de cada ser humano constantemente definido e impulsado a un hacer continuo entre el juego dialéctico del “ser-dado” y un férreo “poder-ser”, en el mantenerse siempre abierto como *posibilidad*. Por supuesto, en este continuo desplazamiento está implícitamente dada la factibilidad del desarrollo supremo de cada ser humano o de descender hasta los niveles más bajos y viles de la categoría humana, demasiado humana:

Para ser el que soy, me hace falta en cambio abrir una posibilidad de convertirme en otro distinto al que soy, diferenciarme en el futuro, no persistir en mi estado actual de ser, sino alterarme en otro estado de ser; en suma, para ser el que soy (y no un objeto o un ente del mundo), debo ser en tanto posibilidad, por consiguiente en tanto que posibilidad de ser de otro modo (Marion, 2005:29).

Ahora bien, en esta “distancia constitutiva”, en donde lo más excelso y vil es posible, se inscribe el *acto de ser y de valer*; es decir, en el momento en que el ser se establece en acto, siempre se encuentra amenazado por resbalar sobre todo en aquellas situaciones límites que cuestionan constantemente su aparente entereza. Cuestiones como la muerte, la soledad, el rechazo, la culpa, el fracaso, el desamor... tienen que ser enfrentadas con los recursos necesarios para que ante su gélido cuestionamiento del *yo puedo* no terminen por derribar al *yo soy* (al *siendo*). En tanto que si consideramos al ser humano como “existente enamorado”, puesto que se constituye en un estado de vinculación fundamental para su propia formación que lo acompaña a lo largo de toda la vida, pero también como categoría social que termina por conformar una forma de relación y apreciación de cada persona; es decir, se constituye en una categoría social que permite derivar grados de confianza, credibilidad, de plenitud o formas de valoración que cada ser humano en relación con los demás se permite redimensionar su propia existencia, la manera como

percibe, se vincula y valora a los otros. Sin embargo, precisamente las excesivas expectativas que se guarda y exige a una estructura tan endeble y movable como son los vínculos amorosos que rompen con sus lazos tradicionales y con todo referente trascendental metafísico, la que conduce al actual *caos sentimental y desorden amoroso* en el que nos debatimos con cada vez menos recursos y habilidades.

Sucede que sólo se trabaja en la conformación de sí mismo en el padecimiento que suscita lo contrario de sí mismo, es experimentando el reconocimiento de lo diferente que propicia el esfuerzo denodado por ser; la persistencia en ser uno mismo pasa en este espacio por el campo de la ética, pues es únicamente a partir de la práctica de los principios, valores y conocimientos que nos constituyen como podemos enfrentar las contrariedades y problemáticas que amenazan nuestra *dignidad de ser*. En este proceso, el dolor y la desdicha adquieren características constitutivas indispensables en la formación ética de nuestra identidad como *dignidad de ser libres*.

En efecto, la *conciencia del dolor* que constituye al ser humano termina siendo una pequeña odisea preparatoria del tipo de persona que queremos ser. Por lo menos en tres procesos formativos complementarios el paso por el infortunio y la manera como utilizemos dichas experiencias, se tornan inevitables: *a)* es mediante la experiencia de situaciones extremas como el dolor o la dicha, como el hombre adquiere la conciencia de sí mismo, en el encuentro excitante entre *lo que es* y *lo que puede ser*; *b)* es mediante la experiencia irrenunciable de la desdicha como podemos saber realmente lo que es la dicha, la felicidad con la infelicidad, el amor mediante el desamor... y *c)* el dolor y el infortunio terminan constituyéndose en una *propedéutica* que permite desarrollar un *conocimiento* que genera los elementos necesarios para poder discernir entre formas de vida bajas-pobres-mediocre y estilos de vida altas-ricas-superiores. Pero se trata de que el infortunio no termine aplastando y encerrando a los seres humanos en el círculo vicioso del dolor por el dolor, lo que repercutirá en la posibilidad de todo encuentro interhumano enriquecedor y siempre formativo.

Si las sociedades del consumo y del desecho están generando prácticas de vínculo superficiales y formas de relación sin responsabilidades afectivas, pretenden escamotear el sufrimiento al permanecer en el nivel epidérmico

que permita pasar de una relación a otra sin la mayor dificultad e indoloramente. Este proceso parte del fenómeno que la globalización está generando como efecto de la falta de referentes claros e instrumentos efectivos que permitan interpretar la compleja realidad que se desplaza aceleradamente y rompe con formas de arraigo y referentes culturales. Sociedades que están generando individuos excesivamente centrados en su egoísmo inamovible y su interminable e irreprímible ansia de consumo (novedades, mercancías, imágenes y seres humanos), limitada sólo por sus capacidades económicas, despreocupados e irresponsable por cualquier otro ser humano y su entorno vital de existencia.

Parte de este proceso de permanencia en la superficie ante el terror de encontrarse con uno mismo, con todas las insuficiencias, limitaciones, esplendores y miserias que destapa el ejercicio sano del dolor, repercute directamente en nuestra *calidad de vida* y los referentes que la redimensionan constantemente mediante la cuestión fundamental del *sentido*. Si es verdad que con el escamoteo de los referentes trascendentales, la imperiosa permanencia en la superficie (*no te compliques*) y la cuantificación del mundo (*cuánto tienes, cuánto vales*), lo importante es la plenitud del *instante* que tiene que ser tragado sin agua y rápidamente. El culto a lo efímero, al hedonismo y la vida despreocupada repercute directamente en el tipo de ser humano que queremos y podemos ser en el aquí y ahora (*el instante eterno*). El mundo de la técnica, la información y el consumo deja a un lado la cuestión de los fines y el sentido, puesto que lo que importa son los resultados, el rendimiento o la eficacia, la productividad, la competencia y el poder adquisitivo. No se interroga ya por cuestiones como qué es una “vida buena y plenamente vivida”, en el suficiente tedio del mundo posmoderno contemporáneo lo importante es librarse del fracaso y realizarse plenamente a partir de la lógica del consumo.

Es decir, en esta lógica de manera alguna tiene cabida y sentido la cuestión misma del *sentido*, que como señalábamos más arriba tiene que ver en parte con el grado de dolor que logramos soportar y todo aquello que hacemos con sus efectos devastadores. De entrada, es necesario comprender este planteamiento a partir de referentes indispensables para dotar de manera sustancial la *cuestión del sentido* y el referente necesario de la *plenitud del instante*, de otra forma este imperativo de vivir el

momento se torna ciego, torpe y autodestructor. Es indispensable romper con el cerco endurecedor del egocentrismo y de la permanencia en lo exterior, pues se requiere de la referencia considerada hacia los demás para reconocernos en la diferencia y en el ejercicio de su derecho mismo a la libertad, pero también su pleno derecho a la felicidad o realización personal plena según la conciba cada cual, para comenzar a tener mayor claridad al llevar a cabo nuestra vida realizada en lo efímero del instante. Y estas exigencias se realizan en la dimensión de la perspectiva ética que introduce los elementos indispensables para que cada cual trabaje en referencia y convivencia con los demás para su propia realización (véase Ferry, 2003:317 y ss.).

Es a partir de este *horizonte de comprensión* que intenta redimensionarse el esfuerzo de realización plena de uno mismo con lo que conlleva a un intento de reconciliación con la vida, que logra reestablecer una dimensión trascendente dentro de la inmanencia de la permanencia humana en un instante que se torna pleno, rico y creativo, al posibilitar el intercambio interhumano único e irrepetible. Tendría que ver con lo que Nietzsche llama el “gran estilo”, que se refiere a que la “vida más ampliada es también la más singular, la más rica e intensa, la que hace conciliar armónicamente en sí la mayor diversidad posible de experiencias que ensanchan nuestro punto de vista sobre la humanidad” (Ferry, 2003:331). Es desde estos vínculos que logran generar la perspectiva enriquecida que recupera referentes metafísicos en la inmanencia de la convivencia humana del instante irrepetible, dando pauta a romper con la idea fácil que nos sugiere que la felicidad es sinónimo de ausencia de dolor, pasión o turbación.

La experiencia interhumana que permite hablar de la alegría de poder vivir con mayor plenitud el *instante eterno*, por lo tanto dentro de los límites evidentes de la libertad y la inteligencia humana para enfrentar el infortunio, dice de una práctica continua de *perfeccionarnos*, de ensanchar y enriquecer nuestras experiencias para ampliar la inteligencia al enfrentar las diversidades y dificultades de una existencia ricamente vivida.⁵ Es la experiencia de la vida establecida como un gran viaje vivido con el “gran

⁵ “El desinterés no tiene valor ni en el cielo ni en la tierra: todos los grandes problemas exigen mucho amor y sólo son capaces de él los espíritus enérgicos, claros y firmes, las inteligencias que tienen sólidos cimientos” (Nietzsche, 1984;§:345:172).

estilo” o la “gran cordura”, que permite hablar del esfuerzo en generar un equilibrio y armonía interna difíciles de romper o derribar por completo. Es la conquista del instante por el conocimiento y aceptación de la diversidad compleja que caracteriza la realidad y la convivencia humana, mediante la construcción de una armonía interna por el dominio de uno mismo como *trabajo continuo*. Es lograr establecer la singularidad irrepetible de cada ser humano, con toda la grandeza y bajeza de que es capaz, dentro de la diversidad compleja de la cultura y existencia humana. Es mediante esta “exigencia de amor” –que proclama Nietzsche– que tiene que conducir la intensidad armónica de nuestros encuentros interhumanos establecidos en un instante eterno que cobra sentido pleno y valor intrínseco en la ampliación de toda experiencia humana, revalorada y resignificada por el ejercicio maduro del *amor pleno* establecido por una *racionalidad erótica* (Nancy, 2005:12).

De tal forma que el dolor y los infortunios del amor tienen que ser vividos en este intenso intercambio enriquecedor de la experiencia humana, que nos lleva a aceptar el principio de “crueldad del amor” (Rosset, 1994). Es decir, como sucede con la misma realidad, con el carácter ineludible de lo que ocurre aquí y ahora, lo que sucede es tal y como *es*, nada más. Así como es necesario aceptar la “crueldad de la realidad”, que es lo que *es*, no importando si es plena o miserable, alegre o infortunada. Es la paradoja de todo lo existente, de la misma realidad como del amor más pleno, pues en sí mismo encierra su contradicción, pero dejando siempre la huella quemante de la *posibilidad de lo que soy*.⁶

Pero es este mismo carácter paradójico que constituye a todo amor que lo hace pertenecer a la búsqueda enriquecedora del sentido en el instante eterno y de las acciones por las cuales vale la pena vivir, pero vivir con la intensidad redimensionada por la libertad de *dignidad humana*. Sin sobredimensionar el dolor y la desdicha provenientes de los vínculos amorosos que pretendemos entablar con los *otros*, en tanto cómplices en la construcción de la alegría de vivir el instante eterno con plenitud responsable, resultan *ser lo que son*. Si sucede como dice el poeta, “entonces

⁶ “Allí donde todos los posibles son imposibles, donde no es posible poder, el sujeto es aún sujeto para el eros. El amor no es una posibilidad, no se debe a nuestra iniciativa, es sin razón, nos invade y nos hiere y, sin embargo, el yo sobrevive en él” (Lévinas, 1993:132).

nada hay tan miserable como el hombre que respira y se arrastra sobre esta tierra” (Homero, *Iliada*, XVII), más nos valdría ser un *miserable enamorado que respira y se arrastra sobre esta tierra*.

La transfiguración de las pasiones: por un nuevo acuerdo amoroso

Parecería que –intentando parafrasear en esto a Fichte– la clase de práctica amorosa y sexual que ejecutamos depende del tipo de hombre que se es, o a la inversa también es válido (véase Fichte, 1987:20). Es decir, estas prácticas vinculantes con los demás y con uno mismo están determinadas por el desarrollo psicológico y espiritual de cada ser humano. Es esta dimensión metafísica o “puntos de referencia trascendente”, ahora tan olvidada al grado de constituirse en un referente inaccesible para muchos, la que determina nuestros vínculos y prácticas más enraizadas en lo fisiológico que nos constituye, con la riqueza humana que encierra.

No es que se le niegue el estatuto de importancia que tiene el cumplir las necesidades fisiológicas básicas del hombre, pero no hay que perder de vista que

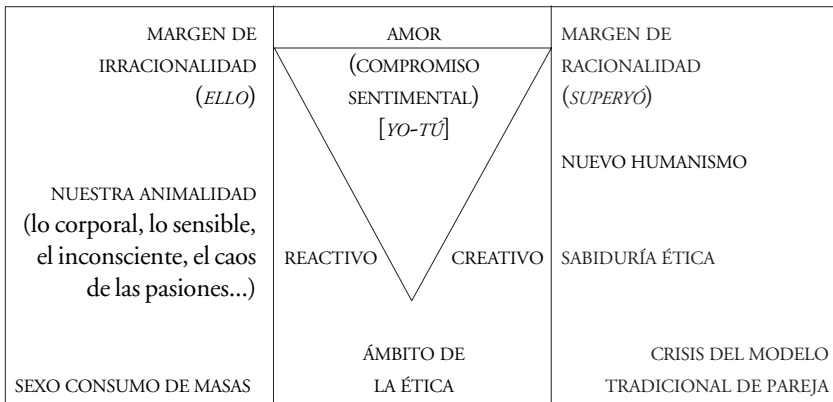
[...] en el fondo, en el hombre nunca hay deseo sexual físico; en su sustancia, el deseo del hombre es psíquico, y el deseo físico es tan sólo una traducción y una transposición de un deseo psíquico. Únicamente en los individuos más primitivos, el proceso se detiene tan rápidamente que en su conciencia sólo está presente el término de este proceso, como concupiscencia carnal ávida y apremiante, unívocamente ligada a condicionamientos fisiológicos y también en parte a condicionamientos de orden más general, que están en primer plano en la sexualidad animal (Evola, 1997:26).

Sucedo que actualmente nos debatimos intensamente dentro de un amplio espectro de posibilidades que por falta de referentes claros y recursos sólidos estamos desplazándonos desordenadamente hacia los extremos de las factibilidades de realización. Por un lado, algunos siguen viendo como referente en el tejido de los vínculos que entablan con otros seres humanos el “modelo tradicional de pareja”. Por otro lado, ante el desencanto que

genera la falta de efectividad de dicho modelo, se establece el mercado de consumo de relaciones amorosas y sexuales que se suceden una tras otra sin querer establecer vínculos afectivos de ningún tipo que obstaculizarían más bien la perspectiva de poder desplazarse sin dificultad de una relación a otra, que por supuesto se espera que sea más satisfactoria.

Con las transformaciones generadas por la sociedad del consumo y del desecho las relaciones se terminan concentrando en la zona izquierda del espectro (Diagrama 1); ubicado en el margen de irracionalidad se concentraría el *ello*, según la teoría freudiana de la “libido” (compuesta por deseos, instintos o pulsiones), en donde las pulsiones primarias se establecería a partir de la *genitalidad*. Es a partir de este proceso de *exteriorización* que la libido se orienta hacia la búsqueda de parejas amorosas y sexuales que logren conectarse con un nivel considerable de *fantasía*. Este sustrato común a todo ser humano estaría constituido por nuestros aspectos más animales e impulsivos que nos establecen (lo corporal, lo sensible, el inconsciente, el caos de las pasiones...)⁷

DIAGRAMA 1
Diseño de modelo sobre nuevo acuerdo amoroso



FUENTE: diseño propio.

⁷ Dentro de esta difícil etapa, tapizada con múltiples problemas, Freud establece la “fijación” y la “regresión” como dos procesos básicos que determinarán en buena medida la personalidad de cada uno de nosotros a lo largo de la existencia. La *fijación* se constituye en

Será en el momento actual cuando la libido se encuentra incapacitada para asumir las eventualidades y problemáticas que cuestionan sus impulsos, cuando se produzca la patología o la perversión, mediante recursos como la fijación y la regresión, al ser censurada por el vigilante continuo del *superyó* desplazándolo y reprimiéndolo en el inconsciente. Así, en el proceso de desarrollo de nuestra libido es posible que alcance su satisfacción en cuatro formas: *a)* la simple satisfacción directa, cuando encuentra su objeto de deseo (mediante el enamoramiento y vínculo sexual) y se realiza plenamente en él; *b)* se trata de una satisfacción bloqueada por algún obstáculo que se interpone en la realización de la libido, de tal forma que se sublima en un objeto sustituto ocasionando grados diversos de neurosis; *c)* el obstáculo de satisfacción de la libido es mayor que no permite ni siquiera la sublimación, por lo cual el recurso a la fijación se torna el más evidente, dependiendo de la intensidad de la adherencia que existe en la historia del desarrollo de la libido; y *d)* se trata de subtipos complejos de formas de regresión, pues al no poder efectuarse una regresión de forma directa deriva en una satisfacción libidinal en forma de perversión, o cuando es tan fuerte el censor del *superyó*, la regresión es de tal forma reprimida que se desvía hacia el objeto más paradójico posible, ocasionando síntomas *neuróticos* más agudos y peligrosos.

Las formas que adquieren las vías de satisfacción de la libido y de cómo enfrentemos los diversos obstáculos que se interponen constantemente a su realización, dependerán del tipo de individuo, la cultura que le corresponde, su educación formativa o la historia particular. Si bien existen formas de satisfacción directa y plena de nuestra *fuerza libidinal*, pero en tanto constituye una característica que compartimos con todos los seres humanos, con grados diferentes de sublimación, formas

el proceso por medio del cual la libido queda anclada en la etapa anterior a su desarrollo, es decir, se establece en el lugar arcaico por los grados de placer que nos brindaba. En cuanto a la *regresión*, vinculada estrechamente a la anterior, se presenta cuando nuestra libido encuentra numerosos obstáculos para su realización, ya sea por sublimación cuando no son tan absolutos o por regresión cuando los obstáculos se tornan verdaderamente insuperables, mediante el retorno a estados más placenteros; ambos procesos significan patologías al no permitir y asumir plenamente las dificultades actuales de manera responsable y madura con los recursos con los que se cuenta. Véase S. Freud (1973 y 1997) y L. Ferry (2003).

de perversión o síntomas de neurosis manejables, la cuestión sería poder establecer a partir de qué criterios y referentes podemos precisar la diferencia clara entre lo que constituye un comportamiento considerado como “normal” y un comportamiento de tipo patológico.

La respuesta que proporciona el psicoanálisis es que la diferenciación entre un estado y otro se establece a partir de cuestiones de grado o cantidad, y no en referencia a principios de calidad. La diferenciación entre la cordura y la locura no queda muy clara en definitiva, en tanto que no se trata de una separación absoluta convencional. No obstante existen dos principios fundamentales para poder ubicar criterios cualitativos que permitan dimensionar los aspectos cuantitativos que distinguen un universo de otro: 1) se refiere al criterio de *ubicación temporal* del sujeto libidinal, en tanto que si permanece anclado en procesos de regresión y fijación en formas de satisfacción en el *pasado*, es decir no plenamente realizadas, en lugar de plantarse en el *presente* como espacio de realización de la satisfacción plena; 2) aceptando que lo que nos imposibilita a actuar, disfrutar y realizarnos son los “conflictos internos no resueltos”, de tal forma que nos sentimos *divididos* por las prohibiciones y obstáculos que imposibilitan la realización de nuestros deseos derivando en síntomas luego inmanejables, generando conflictos inconciliables que desgastan y generan diversas formas de angustia. Los síntomas patológicos y los grados de normalidad mantenidos se presentan de diversas formas, son asumidos y confrontados según las capacidades y fortalezas de los sujetos.

Volviendo al diagrama propuesto provisionalmente para intentar comprender las conductas y formas que están tomando nuestras maneras de vincularnos sexual y amorosamente, tenemos que admitir que ante las numerosas censuras que significaba el imperativo del modelo tradicional de pareja, cuyas prohibiciones eran impuestas externamente de forma absoluta por un *superyó* devorador (con su *censura moral* y formas de *castigo*), inquisidor que no permitía escapatoria sin culpa, remordimiento o estigmatización. En este modelo cuestiones como la responsabilidad, la fidelidad o el respeto hacían referencia a formas impuestas e inamovibles que era prácticamente imposible de negociar o generar modalidades plausibles sin desatar la pequeña catástrofe. Sucede que ante el carácter infuncional e impráctico que el modelo tradicional adquiere en sociedades

demasiado aceleradas, paradójicas y cambiantes, se torna finalmente rígido, cerrado y poco creativo, generando la pasada convulsiva al extremo opuesto de los deseos inmediatos del “principio de placer”, en lo sensual e irresponsable que significa la fijación en el imperio del *ello*.

Esta suerte de nueva modalidad de regresión, incluso fijación, en las formas arcaicas del placer inmediato e irresponsable tiene sus encantos y ventajas en una sociedad hedonista, sensualista y compulsivamente consumista. El culto a la juventud, a lo efímero y pasajero, sobre todo el resistirse a no adquirir responsabilidad y aplazar lo que más se pueda la entrada en la pesadez que significa el “madurar”, nos hablan de formas de cultura y sociedades que pretenden ser siempre adolescentes e inmaduras. Hordas enteras de jóvenes, y no tan jóvenes, sexualizados desde muy temprana edad gracias a los medios de comunicación y las estrategias del consumo mediático, entran al *mercado de la carne* con una actitud compulsiva de consumo y desecho propia de la mentalidad de la época.

Al hacer mención de la totalidad del cuerpo social también nos estamos refiriendo a la persona en su conjunto, es decir al proceso formativo y de maduración del *yo*, como agente encargado de resolver de la mejor manera y con los recursos disponibles los dos extremos caprichosos y tiránicos, que si bien forman parte de él, no puede permitir que terminen por romper una forma de *equilibrio* que permita conciliarlos de manera creativa. Por supuesto, se trata de un proceso complejo y agotador, que amenaza con bloquear nuestras fuerzas vitales al censurar y prohibir un proceso que permita ni mutilarlas ni inhibirlas del todo su potencial; sucede que, como recomendaba Pessoa: “para ser grande sé íntegro: nada de lo que hay en ti lo exageres ni lo excluyas” (1998:111).

De lo que se trata es de que al igual que el psicoanálisis, con la lucidez que proporciona el desencanto de no esperar más de lo que *es*, se logren establecer algunos criterios y referentes básicos que proporcionen *técnicas de funcionamiento*, no modelos absolutos de vida sana o correcta. Es decir, todas las formas de vida y los estilos de convivencia son válidas; pero no es posible dejar de reconocer que es mejor la conciencia a la inconsciencia, la provisional armonía al conflicto, el presente al pasado, la fluidez al bloqueo, lo relativamente normal a lo patológico demostrado, una vida constructiva y positiva a una vida destructiva y negativa... No habla de unos *fines* a conseguir, sino intenta proporcionar los *medios*

terapéuticos para poder vivir lo más plenamente posible según los recursos con los que contemos y tal como concibamos nuestra propia búsqueda de la felicidad.

El equilibrio que persigue afanosamente el *yo*, que ha conseguido supuestamente *conciliar* constructivamente los placeres y deseos inmediatos del *ello* con las censuras moralizantes y restrictivas del *superyó*, tiene que establecerse a partir del encuentro creativo con el *tú*. Existen diferentes formas de crear vínculos con los demás, no obstante, la manera como nos relacionamos *con* los otros depende del tipo de *ser* que *somos* y el que queremos *llegar a ser*. Pero en este intento de *existir con* el otro se abre con mayor claridad el ámbito de la relación ética; es indispensable tener claro que por este medio no se logra salir de la soledad, pues el *compartir la existencia* no significa *compartir el ser* ya que *yo no soy el otro*. Por supuesto que no existimos en singular, pues compartimos con otros seres y objetos con los que estamos y mantenemos relaciones, pero en sí misma nuestra existencia es *intransferible*, por más que en ciertos momentos de éxtasis intenso sintamos que se rompen todas las distancias, siquiera por un instante irrepetible. En la implicación ética del encuentro con el *otro*, en el intercambio vinculante que exige *responsabilidad*, es posible compartir la existencia mediante el *acompañamiento* de soledades que se exponen y comunican.

Dicho lo anterior, consideramos que dentro del espectro que conforman los extremos denotados por el margen irracional del *ello* y de la rigidez del margen de racionalidad del *superyó*, existen diversas formas de vincularnos que requieren de un involucramiento y participación creativa entre los implicados. Pero luego estamos poco dispuestos y preparados para participar en una actividad que termina exponiendo a los sujetos, al expresar una apuesta afectiva significativa, una clara *intencionalidad* compartida y formas de responsabilidad creativas. De tal manera que es posible hablar de una propuesta de “rediseño del modelo de contrato amoroso”; partiendo de la renovación de la teoría contractual, podemos decir que algunos aspectos que sus propuestas generan para el ámbito de lo público es posible extrapolarlos —con sus debidas diferencias— al ámbito de lo privado, donde llevamos a cabo nuestras formas de vinculación amorosa.

Es a partir de la renovación de la teoría contractual y la teoría de las *auto-restricciones* que puede estructurarse un *nuevo acuerdo amoroso*. Señalemos brevemente las tres principales propuestas de la teoría contractual:

- a) La *justicia como beneficio mutuo*. Se trata de una larga tradición que inicia desde la antigüedad con los sofistas, pasando por las propuestas de Hobbes hasta Gauthier. El *acuerdo* se constituye en torno a la concepción del establecimiento de lo que constituiría una regla justa a partir del sometimiento de cada uno de los integrantes de la sociedad por el interés y beneficio personal que entra en juego.
- b) La *justicia como equidad*. Tradición que parte también desde la antigüedad con los estoicos, prosigue con las importantes reflexiones de Kant, hasta J. Rawls. Mediante la consideración de los intereses de todas las partes como *iguales* es como se pueden llegar a establecer las reglas justas para una comunidad como sistema justo de cooperación.
- c) La *justicia como intercambio*. En un intento de conciliación de las dos anteriores propuestas, el filósofo político Höffe propone el proceso rediseñado por el *constructivismo*. Plantea una renovación de la *justicia como beneficio mutuo* mediante un proceso adecuado de *negociación* para el establecimiento del diseño de un *contrato*, y la actualización de la *justicia como equidad* a manera de mecanismo para lograr su universalidad, tanto por el uso de la “posición original” como por el “intercambio de roles” que posibilite la adopción de diferentes visiones de los actores implicados (cf. Höffe, 2003:161 y ss.).

La intención del enfoque contractual renovado es el establecimiento de un *sistema de ventajas recíprocas*, para salvar el criterio básico de la obtención de iguales ventajas para todos los implicados, para lograr una distribución equitativa de los beneficios y los costes que el acuerdo conlleve. La ventaja es que posibilita que los participantes entren en un “sistema institucionalizado de coacciones”, que implicará restricciones institucionalizadas a las acciones libres de los participantes a cambio de un marco útil de seguridad y garantías compartidas.

La “teoría de las restricciones” viene desarrollándose con la pretensión de poder generar marcos de garantía, confianza y seguridad mediante

procesos de *auto*-restricción necesaria ante las amenazas que las pasiones humanas suscitan en la forma de vínculos. Estaría la amenaza de las excesivas oportunidades o elecciones en el momento que tenemos que tomar una decisión, complicando el ejercicio de nuestra libertad. De lo que se trata es de que “de lo menos es posible sacar más”, por tal motivo, al restringir estratégicamente nuestro espectro de elección logramos concentrar mejor nuestros intereses y la obtención de mayores ganancias dentro de un marco regulador de certidumbres.

De tal forma que el “precompromiso” o “autorrestricción” que asumimos libremente nos permite permanecer en proyectos o planes racionalmente constituidos y que el momento del ejercicio de la pasión amenaza con desviarnos o romper con lo establecido. No se trata de negar lo irracional del ser humano, sino de establecer los criterios racionales que nos permitan formas de vida más plenas, seguras, creativas y satisfactorias posibles. Al *auto*-limitar nuestra libertad de elección y de acción podemos generar los factores que posibiliten cuestiones como la *credibilidad* interpersonal, garantías de continuidad de nuestros proyectos compartidos y formas de *confianza* ante entornos crecientemente amenazantes y hostiles.

Es a partir de estas aportaciones significativas que podemos proponer el *simulacro* de un nuevo acuerdo amoroso como *sistema de ventajas recíprocas* que establece la concepción de *justicia como intercambio*. Mediante un ejercicio de renuncia recíproca de la libertad de los implicados (*autorrestricción*) en el vínculo de pareja que establece el *acuerdo amoroso* abierto, se posibilita un espacio creativo de los encuentros dentro de un cerco de derechos y libertades (*marco de garantías generadas*). Habría que decir que la conformación y diseño de dicho contrato amoroso dependerá absolutamente de la modalidad del acuerdo que es llevado a cabo por los cómplices del vínculo emocional: factores como los intereses (*por qué*) y los fines (*para qué*) que buscan conseguir, la historia personal de cada uno de ellos (*referentes*), los instrumentos y recursos (*cómo*) con que cuentan, la temporalidad que se proponen mantener, el grado de disposición y responsabilidad que se quiere apropiarse, los costes y consecuencias que están dispuestos a asumir, el nivel de responsabilidad que se busca... Lo que se quiere es proporcionar algunos referentes básicos que necesitamos considerar en el momento de llevar a cabo nuestros

acuerdos, añadiendo el grado de provisionalidad y de susceptibilidad de ser discutido para su modificación y perfeccionamiento continuo. Los cuatro principios básicos del acuerdo amoroso son:

- a) El indispensable ejercicio de la libertad de los implicados para suscribirse o no al acuerdo, en tanto asentimiento libre en un consenso mutuo (*autorrestricción de la libertad*).
- b) La transferencia de determinados derechos y obligaciones de carácter recíproco o bilateral (*obediencia por autodeterminación libre*).
- c) Estrategias para mantener lo acordado (*índice de creatividad*).
- d) Carácter obligatorio de apertura, flexibilidad y adaptabilidad al contexto cambiante de aplicación (*índice de adaptabilidad*).

Para que el *acuerdo amoroso* tenga lugar es indispensable que se estructure a partir del eje que constituyen el *compromiso afectivo* y el *campo ético*, lo que lo torna muy problemático en el momento en que se busca concretizarlo en la realidad. Respecto al campo de la ética como uno de los elementos articuladores del acuerdo, tiene que pensarse a partir de los cambios fundamentales que viene sufriendo dicho ámbito desde la segunda mitad del siglo XX, época que se denomina del *posdeber* (Lipovetsky, 2002).

La cuestión es que en las sociedades posmodernas el pluralismo moral y la crisis de los fundamentos éticos es evidente en sociedades complejas de entornos globales y diversidad cultural, las heterogéneas fuentes referenciales para el establecimiento de principios y valores exigen la implicación de los individuos en la construcción de su aparato ético de acción. Es decir, como ya no existe una fuente externa única de generación de principios y valores absolutos, es imperioso que los *sujetos éticos* participen en sus “políticas de vida”. Es en las acciones donde se traduce y *realiza* nuestro bagaje ético, los diferentes problemas tienen que sortearse y enfrentarse a partir de referentes claros como: el ejercicio de la libertad responsable (*decisiones racionales*); fines claros (*proyecto vital*); anhelos de autorrealización y fidelidad con uno mismo (*voluntad de dignidad*); congruencia, respeto y elección vital; competencia moral y asumir las consecuencias de las situaciones elegidas.

A partir de la claridad de estos referentes fundamentales, el momento de aplicación de la ética y realización personal tiene que establecerse en la relación dialéctica entre principios generales (*ética de la convicción*) y situación particular específica (*ética de la responsabilidad*). La ética se *expresa* en situaciones concretas, como problemáticas y decisiones que debemos tomar, y se requiere de un proceso cuyo inicio lo establece la *acción intencional* que subraya el *fin* como elemento determinante de la *realización*, así como los *motivos* que marcan las *razones* del proceso, que suponen un momento de *deliberación* para la *toma de decisión* que se traduce en los *medios* adecuados para la *puesta en práctica* de la *acción elegida responsablemente*.

Es necesario insistir que en el momento de la *deliberación* no tenemos la totalidad de los elementos requeridos para tener una plena claridad y seguridad para la toma de nuestras decisiones responsables, por lo cual es indispensable el ejercicio de la *sabiduría práctica (competencia ética)*, que se propone armonizar valores, principios y criterios con la *realidad problemática* que enfrenta; dicha sabiduría práctica está constituida con el proceso formativo del *sujeto ético*, conformada por sus experiencias, conocimientos, convivencias, perspectivas y recomendaciones acumuladas a lo largo de su vida. Lo que deja claro esta actitud asumida honestamente como *sabiduría ética* es que a pesar de los diversos condicionantes que determinan nuestras vidas y la forma como nos relacionamos con los demás, como seres libres de voluntad activa somos responsables ante nosotros mismos y ante los demás de las decisiones y acciones que realizamos. Teniendo siempre como referente la libertad y dignidad de los otros con los que interactuamos, nos implicamos e intentamos realizar *proyectos de vida*.

En cuanto al referente constituido por el *compromiso amoroso*, nos deslizamos por una superficie más resbalosa e insegura, el hielo quebradizo sobre el que Satán nos hace bailar nuestras sinceridades y mentiras. Puesto que dependerá en buena medida del grado de implicación afectiva que los participantes libres del acuerdo establezcan. La cuestión estriba en el querer apostar plenamente por el intercambio y el enriquecimiento humanista que un auténtico compromiso afectivo y emocional conlleva. Junto con la amistad, la *apuesta amorosa* se constituye en elementos importantes en la construcción del sentido existencial que logramos

imprimirle a la vida.⁸ Pero no en el sentido de querer llenar con él “huecos emocionales” con los cuales nos es prácticamente imposible vivir, pues no se trata de hacer del amor una necesidad para llenar miedos como la soledad, deseos de dominar o ser dominados, formas de realización narcisista o grados de violencia que tenemos que exteriorizar en los otros... El amor no va a salvarnos de nada, ni tampoco le va a venir a imprimir algún sentido a nuestra absurda vida si previamente no hemos sido capaces de dárselo, tampoco es el campo de control y dominio que queremos ejercer sobre los otros.

Se trata de un *espacio de encuentro e intercambio afectivo (medio erótico)*, en el que dos seres se *sincronizan* e intentan enriquecerse mutuamente para ser mejores cada día y lograr alcanzar dosis considerables de felicidad mutua. Pero cómo se logra constituir ese espacio de encuentro y vinculación que termina rompiendo con los referentes clásicos de las distancias y las separaciones, para constituirse en un espacio en donde se establece el “tiempo recobrado” y la distancia de la “no-separabilidad”. Durand habla de las *relaciones de parentesco del alma*, que nada tienen que ver con lazos de consanguinidad o con rígidos estados civiles impuestos por la conveniencia social; se refiere a la construcción de una *identidad* como *coparticipación* en valores, principios y formas de existencia; en compartir *calificativos y atributos comunes*.⁹ De la

⁸ En este sentido, nos parece importante el concepto de *amor* –desde las fuentes del pensamiento tradicional o metafísico– entendido como la conjunción de *a* (sin) y *mor* (muerte): *sin muerte*, que intentará romper con las definiciones demasiado reduccionistas más apegadas a relacionarla con grados diversos de emotividad, afección o sentimentalidad. Podría entenderse como un tipo de “flujo vital” (*tsing*) que se establece entre las energías complementarias de la mujer (*ying*) y el hombre (*yang*); mediante el encuentro de estos opuestos complementarios se logrará potenciar el surgimiento de una tercer fuerza (*rebis* o el *andrógino*) que terminará transmutando a los implicados en *seres plenos* (Evola, 1997:59-64).

⁹ Dentro de la filosofía griega, Empédocles establece su cosmología en función de los cuatro elementos organizados por medio de unificación y disgregación basado en el principio ordenador que cumple el ὄρεβά ἐάβ ἰάῦεῖð (Amor y odio). En el fondo la asignación del principio ordenador no recae en el ἴῖàð (Intelecto) sino a la *volunta* sin conocimiento que se establece como un “principio ciego”, en tanto que los seres se constituirían a partir de las “leyes de las afinidades electivas”, puesto que se buscarán o rehuirán, se unirán y se separarán por la fluidez de las polaridades que posibilita el encuentro y desencuentro (Schopenhauer, 2004:20-22).

construcción de un *espacio antropológico* en donde se anulan finalmente las separabilidades y las distancias irreparables, constituyéndose en el lugar de *vinculación espiritual* como “extensión visionaria” (Corbin) o “geografía mítica” (Durand, 2003:185-186). Se trata de la “comunidad de los amantes”, pero sin duda de una comunidad que se sabe *insostenible*, pero por lo mismo, con posibilidades de coexistir en el instante eterno de la permanencia del encuentro amoroso.¹⁰

Conclusiones: el abismo bajo la cama

Es lamentable observar cómo la “cultura del consumo y del desecho” invade todos los ámbitos de nuestra vida social, desde los comportamientos en la vida pública hasta las manías y obsesiones desatadas en la vida privada. El ser humano se ha hecho exterior al reducir o empeñarse en anular cualquier vestigio de su al parecer incómoda *vida interior*. Prefiere moverse, sin tierra prometida o canjeada por un vale de supermercado, en la inconsistencia de lo eternamente ligero, en la fragilidad de la superficie de lo evidente e inmediato.

Pero el reducir nuestra existencia al plano lineal de lo externo tiene sus consecuencias y altos costes, al intentar engañar al dolor y al sufrimiento que el encuentro con los demás desata sin remedio, sin olvidar las alegrías y placeres que implican. El simplificar nuestros vínculos amorosos y sexuales a la colección de encuentros efímero y satisfacciones pasajeras, a una extensa colección de sensaciones y percepciones aisladas pero repetidas hasta el hartazgo, nos imposibilitamos al encuentro trascendental que implican los vínculos afectivos y espirituales en la inmanencia de la *desesperación* del carácter impenetrable de todo ser humano.

Al negar involucrarnos en profundidad con los otros, al constituirnos en recolectores de sensaciones y placeres efímeros en buena medida nos

¹⁰ Existe un principio supremo que puede ayudarnos a comprender mejor el misterio de este encuentro: “lo semejante busca la unión con lo semejante”. Ciertamente que este pensamiento, presente en Empédocles, Plotino, Najam Kobra, Hermes, el Maestro Eckhart o Goethe, entre otros, se refiere a la relación del hombre con Dios; pero es posible aplicarla al vínculo entre dos seres humanos que se aman y el *misterio* supremo que circunscribe su unión (véase Corbin, 2000:83-84).

estamos negando a nosotros mismos. Esta modalidad de relacionarnos sin vincularnos con los demás termina clausurando la experiencia fundamental del “fenómeno erótico”, teniendo por lo menos tres consecuencias:

- a) Al permanecer siempre dispuestos para la siguiente vinculación, al aferrarnos a persistir “libres” para encuentros por venir, el amor se contradice en sus propios términos. Es decir, el amor conlleva el establecimiento de la *eternidad* prometida que temporaliza la fidelidad hacia el amante, una eternidad que dimensiona el instante presente absoluto.
- b) Que en verdad parecería que de los encuentros anteriores no se ha aprendido en realidad nada ni se conserva nada, al llevar varios encuentros, en ocasiones simultáneos, sin la esperanza de que duren, porque ninguno tiene el derecho del “presente eterno”.
- c) Nos negamos a nosotros mismos aquello que nos constituye profunda y definitivamente. Somos en tanto “nos descubrimos siempre ya presos en la tonalidad de una disposición erótica –amar u odiar, desdicha o felicidad, goce o sufrimiento, esperanza o desesperanza, soledad o comunión– y que no podemos pretender nunca que alcancemos una neutralidad erótica de fondo sin mentirnos a nosotros mismos” (Marion, 2005:13-14).

Vivimos una etapa triste de deserotización de nuestros vínculos y un imperio igual de triste y frustrante de hipersexualización, que termina por romper con cualquier referente trascendental como fuente de *sentido* a una actividad luego tan apegada a la simple expresión animal. Al parece lo que constituye los lazos más sólidos que pueden “garantizar” una mayor persistencia de la inefable “comunidad de los amantes” son los referentes trascendentales, dentro de la comprensión que logran dimensionarlas intrínsecamente en un *sentido de ser* y de *co-existir*; es lo que se denomina *amor erótico*, como la “experiencia humana que puede comprender un conjunto de factores mentales, afectivos, morales e incluso intelectuales que exceden el ámbito biológico, pero cuyo centro natural es la unión efectiva de dos seres de sexo opuesto tal como se realiza habitualmente en la unión sexual corporal” (Evola, 1997:23-24).

Sin duda la fuente de unión de los sexos, en el intenso abrazo apasionado que hace perder a los amantes en la *pertenencia de la carne*, es fundamental para poder acceder a las *profundidades realizadoras del ser*, en su plena práctica con el vínculo afectivo que el *amor erótico* posibilita al acceder al “instante fulgurante de la unidad”. Lo que sucede es que si nos quedamos en la superficie de lo inmediato se cancela una vía de realización del ser humano y una fuente inagotable de satisfacciones esenciales y de sentido existencial insuperable.

Resulta paradójico que cuando se han desatado los múltiples prejuicios y prohibiciones de nuestro comportamiento sexual, parecería que se le vuelve a poner las ataduras por temor a desbocarse o por la desconfianza e insuficiencia que genera, pues al reducirlo a lo puramente físico le hemos escamoteado parte de su encanto oculto y contradictorio. El “nuevo desorden amoroso” de las sociedades del consumo, desde hace tiempo ya está instalado en casa o rutilante en todo encuentro que estamos dispuestos a entablar.

Se trata de algo tan valioso que no se puede dejar arrebatado sin luchar encarnadamente, de aquí que el *simulacro* de modelo que proponemos para la discusión pretende suscribirse en un ejercicio de aproximación heurística a una problemática que nos atañe profundamente y que debemos tomar con el suficiente escepticismo creador, pero sin desánimo ni resignación, en la búsqueda de la reconstrucción del sentido existencial desde nuestros referentes en este mundo vital. Somos simples existentes que buscan su realización lo más plenamente posible dentro de este mundo, pero es una realización alegre que no nos es dada por el mundo si no que transforma el mundo en el encuentro cómplice *con el otro*.

También es bueno amar, porque el amor es difícil. Tener amor un ser humano por otro: esto es quizá lo más difícil que nos ha sido encomendado; es lo supremo, la última prueba y examen, el trabajo ante el cual todos los otros trabajos no son más que preparación... Amar no es nada que signifique consumirse, entregarse y unirse a otro (pues, ¿qué sería una unión entre seres imprecisos, rudimentarios, todavía subalternos?); es, en el individuo, un sublime pretexto para madurar, para convertirse en algo, en mundo, en mundo para sí por amor a otro; es en él una grande e inmodestia exigencia, algo que lo elige y lo llama a lo infinito (Rilke, 1982:61).

Bibliografía

- Bataille, Georges (1982), *El erotismo*, Tusquets, Barcelona.
- Bauman, Zygmunt (2005), *Amor líquido. Acerca de la fragilidad de los vínculos humanos*, FCE, Buenos Aires.
- Corbin, Henry (2000), *El hombre de luz en el sufismo iraní*, Ciruela, España.
- Durand, Gilbert (2003), *Mito y sociedad. Introducción a la Mitología*, Biblos, Buenos Aires.
- Evola, Julius (1997), *Metafísica del sexo*, José J. de Oloñeta, Barcelona.
- Ferry, Luc (2003), *¿Qué es una vida realizada?*, Paidós, Barcelona.
- Fichte, Johann Gottlieb (1987), *Introducción a la doctrina de la ciencia*, Tecnos, Madrid.
- Finkelkraut, Alain (1989), *La sabiduría del amor*, Gedisa, México.
- Freud, Sigmund (1997), *Introducción al psicoanálisis*, Alianza, Madrid.
- (1973), “XCVII Lecciones introductorias al psicoanálisis, lección XXIII: vías de formación de síntomas”, en *Obras completas*, t. II, Biblioteca Nueva, Madrid, pp. 2345-2357.
- James, William (2002), *Las variedades de la experiencia religiosa*, Península, Barcelona.
- Höffe, Otfried (2003), *Justicia política*, Paidós, Barcelona.
- Lévinas, Emmanuel (1993), *El tiempo y el otro*, Paidós, Barcelona.
- Lipovetsky, Gilles (2002), *El crepúsculo del deber*, Anagrama, Barcelona.
- Maffesoli, Michel (2005), *La tajada del diablo. Compendio de subversión posmoderna*, Siglo XXI Editores, México.
- Marion, Jean-Luc (2005), *El fenómeno erótico*, Ediciones Literales/El Cuenco de Plata, Buenos Aires.
- Nancy, Jean-Luc (2003a), *Corpus*, Arena Libros, Madrid.
- Nietzsche, Friedrich (1984), *La gaya ciencia*, Sarpe, Madrid.
- (1990), *La voluntad de poder*, Edad, Madrid.
- Pessoa, Fernando (1998), *Poemas*, Losada/Océano, México.
- Philonenko, Alexis (2004), *La filosofía de la desdicha*, t. 1 y 2, Taurus, México.
- Ricoeur, Paul (1991), *Sexualidad: la maravilla, la errancia, el enigma*, Almagesto, Buenos Aires.
- (1993), *Amor y justicia*, Caparrós Editores, Madrid.

- Rilke, Rainer Maria y Thomas, Dylan (1982), *Cartas a un joven poeta y Manifiesto poético*, Ediciones del 80, Buenos Aires.
- Rosset, Clément (1994), *El principio de crueldad*, Pre-Textos, Valencia.
- Schopenhauer, Arthur (2004), *Fragmentos para la historia de la filosofía*, Siruela, Madrid.
- Verenne, Jean-Michel (1992), *El tantrismo*, Gali, México.